

EL COMERCIO.

«PARAISO, 19 DE ENERO DE 1859.

La causa de las causas.

Cuando sobreviene una crisis política o comercial, todos echan a buscar la causa. Esto es muy natural y prudente, porque no hai efecto sin causa, y averiguado y conocido el origen de un mal, es mas fácil aplicar el remedio.

La causa puede ser una o muchas, puede ser mediata e inmediata, y todo esto es de necesidad averiguarlo y comprobarlo con exactitud, si no se quiere proceder empíricamente y andar en adivinanzas.

Muchos hombres hai, que no trepidan en señalar por causa lo primero que se les viene a las mientes; pero son muy pocos los que atinan con la verdadera de una crisis política.

Pregúntese cuál es la causa de los disturbios políticos que hoy traen ajitado al país?

Mil voces contestarán emitiendo opiniones diametralmente opuestas. La pasión política y el interés privado influirán visiblemente en las respuestas.

Los fusionistas dicen:—«Es el gobierno quien ha hecho estallar la revolución con sus tiranías y con sus torpezas.»

Los defensores de este dicen:—«Son los fusionistas, es decir, los pelucones retrógrados y los liberales prudhonianos los que, derrotados en las elecciones y no pudiendo triunfar por las vías legales, se han lanzado inconscientemente en la revolución a mano armada.»

Los que la echan de imparciales (siendo en realidad maromeros y tejedores) dicen a unos una cosa y a otros otra, y de este modo se fondean a dos anclas y se parapetan contra toda eventualidad.

Los pesimistas, egoistas, prescidentes y los sabios de monosílabos, como el D. Timoteo de Larra, dicen que unos y otros tienen la culpa, y que tan malos son los griegos como los troyanos; con lo cual, ellos se quedan en sus casas muy frescos, cuidando sus delicadas personas y guardando sus tategas, mientras que los defensores de sus personas y de sus tategas se están rompiendo los cascos con los que atacan las leyes, las propiedades y las personas.

Preguntad a un fanático fusionista cuál es la causa de un terremoto, de una peste o de una revolución en Chile y al punto os responderá: «el gobierno tiene la culpa» de los terremotos, de las pestes y de las revoluciones, porque él intentó desterrar al Arzobispo y no lo hizo, y porque permite tempestades protestantes en Valparaíso.»

Preguntad a un pelucon de los de la caaarilla de antaño, de esos que han sido el totum potest durante muchos años y la causa eficiente de que el país haya marchado a paso de tortuga, y ese hombre os dirá, «que la causa de los presentes disturbios es el jefe de la administración actual, porque se cansó de sufrir sus necesidades y sus exigencias y por que les dió un puntapié muy a tiempo, cosa que todo el

lemente a su infeliz esposa. Esta es la verdadera catástrofe del drama.

CLXXV.

«¿Qué es la gloria? Un día, en el teatro del Príncipe, se anunciaba el drama de un malogrado joven. Era el celebre drama de Ernesto. Una escopida concurrencia llenaba el teatro. Los acordes sonidos de la sinfonia espiraban, y se levantaba el telon. La concurrencia ponía atento oído. Los primeros versos de aquella magnífica producción resonaron en el teatro embelesando a los concurrentes, que se estremecian, heridos por luminosos pensamientos. El entusiasmo comenzaba a levantar su voz en todos los corazonces. Y en efecto, aun no se habia concluido el primer acto y los aplausos interrumpian a cada instante la voz de los actores. Coronas de rosas y laureles caian a los pies de los artistas. Todo el mundo horaba la perdida del infeliz poeta. Al concluirse el drama, el entusiasmo rayó en delirio. Es imposible explicar el frenesi de aquella multitud herida por un mismo sentimiento. Este drama, que ocasionó la muerte de su autor, era encomiado por propios, y traducido por extraños. En todo país do se representó, el entusiasmo lo coronaba. Todos vertían lagrimas, amarguissimas lagrimas por aquel desgraciado poeta, que dejó tan hermoso respirador de su jeno en el mundo.

«¿Quien lo imputara? ¿Como hubiera podido advertir Ernesto tan extraña ventura? La vida es un fantasma, que se escapa de nuestros brazos, una ilusión que jamas prendemos en las redes de la realidad. La vida es muerte, y la muerte es vida. El poeta pasó ignorado junto a las muchedumbres, que ni le oyan, ni en el paran las mientes; y lagra sobreviniese a la muerte, y llega a confundirse con la eternidad. ¿Que lección tan triste, pero que lección tan verdadera! La muerte es vida, y el ciclo es el centro de las almas.

En el mundo la felicidad, engañoso y mentido anhelo, que para correr tras la muerte, finje nuestro corazon, no existe. Eso que llamamos esperanza es muerte.

«¿Que significa sino el anhelo por lo porvenir? En lo porvenir todo es incierto. Lo único que de cierto guarda lo porvenir, es la muerte. Y sin embargo, no nos damos punto de reposo. Siempre corremos en pos de ese tiempo dorado por la tansion, y ese tiempo es un esqueleto. ¡Gloria y amor son dos anjeles, que nos señalan los derroteros del cielo, son enviados de Dios, para acordarnos que la eternidad es el centro del alma! ¡Dehechos, si, buscados, y hallareis la vida en la muerte.

FIN.

«mundo ha aprobado, menos, por supuesto, los agraviados.»

Preguntad a un liberal de la escuela de Fourier o de los afiliados en el antiguo club de Bilbao, y ese liberal ultra os contestará, que la revolución actual es santa en sus fines, y que tiene por causa el vehemente deseo de la mayoría de los chilenos de disfrutar de la verdadera democracia, que consiste (según ellos) en vivir fraternalmente en un falansterio, en comunidad de bienes, de mujeres, etc., etc.

Preguntad a un pipiolo del año de '30, de esos que tienen todavía a Lircay atravesado en la garganta, por cuyo impedimento impediendo no pueden tragar ni a los fusionistas, ni a los gobiernistas, y ese hombre os dirá, que la causa del mal es la Constitución de 1833, y que no estaremos bien, mientras que no volvamos al año de 1828. En cuanto a la causa de la desavenencia actual, ese hombre os dirá, que los contendientes son los mismos, que antes comian juntos a una misma mesa y de una misma presa, y que hoy se disputan, por que los mas hábiles han echado puertas afuera a los mas tontos.

—Esa historia es vieja, el mundo ha sido siempre lo mismo, y hace mucho tiempo que un tal Carujo dijo, que el mundo es de los inteligentes y audaces.

De manera, pues, que, entre tantos pareceres diferentes o contradictorios, es bien difícil que el hombre imparcial pueda atinar con la verdadera causa de lo que nos está sucediendo.

Nosotros no creemos en las causas únicas y especiales. No convenimos en que la cosa anda mal, porque el gobierno es débil, ni por que es tirano, por que aflaja la mano, ni por que la aprieta demasiado. —Tampoco creemos que la causa única del mal está únicamente en lo inadecuado de nuestras instituciones, ni en que haya necesidad absoluta de echar abajo del todo nuestra Constitución. Creemos que este grito confuso de reformas que no se especifican, no es sino un pretexto para captarse la opinion de los hombres sencillos y para justificar una revuelta.

Lo que sí creemos firmemente es que, mientras no salgamos de la infancia de la vida política, mientras que la mayoría de los chilenos no conozca las verdaderas obligaciones y derechos de un ciudadano, mientras que la instrucción no penetra en la masa de nuestro pueblo, hoy fácil de engañar con promesas y con palabras retumbantes, será muy difícil que pasemos un largo periodo en paz.

En algunas revoluciones se suele complicar el elemento político con el religioso. En Chile no habia sucedido todavía esto, por fortuna, y decimos por fortuna, por que esta complicacion es diabólica.

Los clérigos y los frailes chilenos jamás habian tomado cartas en nuestros juegos revolucionarios. Hasta hoy se habian contentado, los buenos, con desempeñar los deberes de su ministerio, y los malos, con esplotar a los beatos y divertirse con las beatas.

Se ha notado que en Buenos Aires, Nueva-Granada, Ecuador y Méjico los jesuitas extranjeros o nacionales han alborotado a la Iglesia y se han hecho desterrar, sindicados de haberse complicado en la política.

Hoy se notan aquí algunos malos sacerdotes, que están echando leña al incendio, y que se empeñan en desprestigiar al gobierno. ¿Será que ya tengamos aquí el contajio, que ha obligado a otros gobiernos a tomar medidas serias contra los sacerdotes, que no contentos con la dirección de las conciencias, quieren tambien injerirse en las cosas mundanas?

Pues esta seria la causa de las causas, y no de las menos influyentes. ¡Ojo, pues, a los políticos de sotana! —Repitámosles incóscientemente que su maestro Jesucristo dijo, que su reino no era de este mundo. Y si ellos se hacen los sordos y no quieren acordarse de la doctrina del Salvador, entonces será necesario sacudirlos un poco para quitarles la sordera voluntaria.

La situación.

Lo hemos dicho muchas veces: abogamos por la verdad y la justicia, por ellas somos fanáticos, así es que siempre desconfiamos con franqueza las argucias que aparecen en los escritos consagrados a ocultar aquellas dos banderas de nuestras acciones y pensamientos.

Por una que meditamos sobre la exacta situación y la época de la revolución francesa de '89, por una que cavilamos para darnos cuenta de lo que es cultura. Después de la respectiva invocación de la corte celestial, hemos llegado a formar la idea de que, los que tal comentario aprendidos de literatos o escritores, que aun desconocen la regla a que debe sujetarse un simul para que sea aceptable. Que una perdición, si apesar de la sublimidad y elevación que han querido desplegar, solo hemos alcanzado a formarnos una idea tan pobre de ellos.

Siempre habíamos creído que la revolución francesa era la expresión de un orden de ideas llamado a regenerar el mundo, era el paso de una civilización vieja a la nueva; era el desarrollo de principios que pugaban por llegar a la realidad; era en fin un catalisador inevitable, uno de aquellos sacudimientos

que solo ha tenido una vez el mundo; que los tienen los pueblos al cambiar de civilización. Todo el mundo sabe lo que es la revolución francesa, cuyos caudillos, animados de un amor santo por el triunfo de la verdad, no trepidaban ante el sacrificio de sus vidas por obtener la realización de sus principios. El mundo los admira por eso. ¿Y que encontraria que adular, no digamos el mundo, sino el mismo Chile, en las oultangas de nuestros aspirantes a jironidinos? ¡Dios le eche sus ideas! donde los grandes principios que han emitido para el bien de Chile? O acaso el sarcasmo y el insulto son las armas con que pretenden parodiar una época que nada semejante tiene con la nuestra?

No es extraño que, siendo la distancia entre unos y otros tiempos tan notable, haya caído el ridículo sobre todos los actos que han tenido por fin parodiar a los jironidinos. Por ejemplo, aquel paseo en coche a banderas desplegadas, que todo el pueblo miró con indiferencia y sonrisa en los labios (¿como podrá compararse con la conducción de los ilustres franceses al patíbulo, en carros escoltados por un pueblo frenético de entusiasmo? Vamos, señores aspirantes a jironidinos, confíense ustedes que han hecho muy mal sus papeles y que, por irse tan arriba han quedado muy abajo; por elevarse hasta las encumbradas cimas de los encumbrados montes, han llegado por una causa misteriosa, hasta perderse en medio de la oscuridad y de la indiferencia pública.

Lo que nos da que reir es como se mofarán los franceses al ver que nuestros opositores tratan de constituirse en representantes o pobres imitadores de aquellos hombres, tipos de patriotismo, de desinterés y de saber. Como se reirán ellos, cuando nosotros lo hacemos a dos carrillos y cuando la nación chilena mira con sorna la similitud extravagante que quiere establecerse entre dos épocas tan diversas.

Poco cuidado debe darse a la nación, porque ella debe estar segura que no volverá a haber jironidinos y que, si los quieren imitarlos se perderán entre la multitud de plajarios insignificantes que solo tienen por premio, por recompensa de sus afanosos trabajos, una sonrisa y una mirada de... compasión.

Muy bueno y muy aceptable es que, los partidarios mismos de una causa, se encarguen de desprestigiarla y ridiculizarla, mostrandola chiquita, pequeña. Adela te, que esa es una empresa que nos place; aplaudimos a los ilustres escritores, porque la elocuencia con que hablan sus boaitas y estudiadas frases sirve de desengaño a la opinion, para traicionar y cerciorarse de la falta de ideas y de verdad.

No es la misión del periodista, señores jironidinos, acomodar frases ampulosas que nada digan, sino escribir de tal modo que, cuando el público lea pueda decir y diga convencido: esta es la verdad. Por nuestra parte nos proponemos seguir a los escritores aspirantes a celebridad, por ese sublime sendero que quiere seguir y nos daremos todas las trazas posibles para alcanzarlos en su impetuosa valor. Nos ocuparemos tambien de la situación, pero no para compararnos con este ni con el otro, sino para presentar la verdad desnuda y libre de arapales, para que todos puedan conocerla y digan, eso es la verdad. Sirva este artículo de saludo a los denostados jironidinos chilenos.

(Del Correo del Sur.)

El Heraldo de Talca.

Ya era tiempo que los hombres importantes de esa provincia, una de las mas adictas a la causa del orden, alzaran su voz para protestar contra el grito de los demagogos y de los facciosos.

El Heraldo de Talca, es digno representante de la opinion de los hombres sensatos de ese pueblo. Hemos leído su primer número, lleno de reflexiones justas y adecuadas, enuncianado ideas y principios y escrito en un estilo correcto y varonil.

Hemos creído de nuestro deber pagar este tributo de justicia, y deseamos que navegue con bonanza por el mar borrascoso que atravesamos.

LA ESCUELA Y EL CLUB.

I. El primer grito de guerra contra la ignorancia debe partir de la escuela, de cuyo centro se irradia la luz de la inteligencia con que la mano del Todopoderoso privilegiara al hombre al forjarlo a su imagen y semejanza.

La demagogia ha inventado el club para que sirva de yunque en que se fraguen el desprecio social y la contienda fratricida, que han de envolvernos a todos en un pelágo de desgracias sin término.

¿Por cual de estas dos creaciones modernas debemos optar?

La una es hija legítima de la verdad, de la armonía, que desarrollando el jenio lo impulsa a la realización sacrosanta de sus inmutables destinos.

La otra es un aborto de las timieblas, que ofusca la razón y los sentidos, y que bajo mentidas esperanzas nos lleva a parar precipitados al destierro o al cadalso.

Si amamos la patria, el suelo que nos vio nacer, por el que nuestros padres derramaron a torrentes su generosa sangre, apresuremos a abrir escuelas a millares, en las ciudades y en los campos, y pongamos nuestras cabezas de cerrojos a los clubs.

II.

Es innegable que la Constitución ha garantido a todos los ciudadanos el libre derecho de reunión; pero este derecho debe entenderse de una manera tan lata e ilimitada que nos autorice hasta agraparnos en la plaza pública en la mitad del día, y conspirar contra las mismas leyes fundamentales que invocamos, y contra las autoridades encargadas de mantenerlas incólumes?

Por cierto que no; y sin embargo así se nos predice, como si la historia y la experiencia de cada momento no nos estuvieran confirmando la mala fe con que se alegran tales principios.

La asociación de capitales, que ha hecho florecer la industria de todos los países, el concurso de todas las inteligencias que han trabajado incansablemente en la grande obra de los conocimientos humanos; las confederaciones internacionales que han acabado con las invasiones de los siglos pasados, no es justo que se compare con las reuniones de los clubs, que pobreza y calamidades sin cuento.

Los comicios caudales del pueblo rey, como dijera Virjilio de la población romana, fueron distintos de los clubs. ¡Buenos que aquellos pudieran alcanzarnos! Serían tan envidiables como la Santa Inquisición de la edad media, cuya memoria aterroriza todavía al animo nervoso.

El libre derecho de asociación fue el que dió origen en Francia a los clubs de

los Jacobín tantos otros revolucionarios modernos, hezas de lo mismo que incendiaria. No esta famoso club de sus sesias Santiago, y charse en la gomilla y e de la Seren. Actualmáe vaden las p sagua y Va provocado club canfo bo prena la con todos h gironidinos? Y son est que el nue de la demo vita a fun provincia, s jamas subo ¡Vive Di bien de no regirinos! Cuando si mestica par nas preten nezararnos, e clamas, y d la voz de al al centinela al hombre a Al puebl eucado se i en las calle con nos des muchos año de eso el pu populacho t nada sobre cultivar las dor de su fr Ese puebl sabe adon le políticas; lo los clubs ci En vez de o vista como teniendo qu hasta el. El pueblo do en las ra de levantar habeis de ar sus fuerfano de pan.

Nosotros, a bto al club, h nos esforzare der sus venta un ciudadano lizente; se p las carreras llenar las ma club lo colobar molo, que cua enantes pasos l se reduce al pu erificio; pero a ca las victimas pre sea los dit La fundacio tendria objeto el las persona necceda pro llevar la nuev la falta alara prestijiar lag acertadament Si se admiu tampoco, por opinionen en pueblo que a ragoza, se le impulso que t Por ahora s escuelas y no

Tomamos la cia que rejist 8 del proxio mo habido e de 1858. Dice así: Lisboa. En la ma riente, a las mañana, tuve en la tierra, e ce segundos ni conmovió tal norte-sud co Oceanu embra a la poblacio habia llegado cia. El espectac cia desafia la nas saltaron e cal e, especial de la salud e plazas, los pa bres y mujere envueltos en tando miseria sas que aun v

Los que est hambolear las ría; desatinad pellandose, su En el limo sos de amios s gritaban con h do que se les a la guardia y la en el primer n sando cuando i La el Hosp lugar escenas l nueve enferme mujeres, de E dian moverse, mente y huyen didas unos ex calle.

Casi todas la su material: en abricaron las p paso que en of rajaduras. El quita en uno d dos, dice que vi lecta oscilacion, desplomaba. I. La fábrica en la oficina de de trabajaban lo con otros. El e Postana quedo snelo con el susi algun-s obreros i En la Escuela que estaban en caer en tierra, y una pared que ca

En las iglesias Antonio, San Paul Martires, Sacramo Nicias y otras, li casa luyeron a la devesas que asisti con aquella hora n Los que me nos d handose todos a para el largo de